

UN BOTICARIO EN CAMINO DE LOS ALTARES

por el

Profesor Dr. ANGEL GONZALEZ PALENCIA
Catedrático de la Universidad de Madrid.

No es cosa frecuente tropezarse uno por ahí con santos que hagan milagros a diestro y siniestro; mas si el taumaturgo ha de ser boticario, la rareza es extrema. Pero como la misericordia de Dios es infinita, y en cualquiera de sus criaturas, aun en las más humildes, puede poner la chispa de luz divina que refleje la Sabiduría del Creador y que por El obre magnificencias, no es de extrañar que la santidad pueda albergarse en cualquier hombre, y voy a dar cuenta de las heroicas virtudes de un boticario de hace cuatro días, como quien dice, que corroboró con milagros sus acciones y fué pasmo de su siglo y de sus contemporáneos.

Está su vida como diluida en un raro sermón impreso del siglo XVIII, y como injertada en los períodos oratorios de un sermón, bastante gerundiano, dedicado al Eminentísimo y Excelentísimo señor Cardenal de Córdoba, Conde de Teba, Arzobispo de Toledo, Príncipe de las Españas, Canciller mayor de Castilla y del consejo de Su Majestad. Lo pronunció en Sevilla el Muy Reverendo Padre Fr. Francisco Núñez, Colegial mayor que fué en el de San Juan y San Pablo de la Universidad de Alcalá de Henares, lector jubilado, examinador sinodal del Arzobispado de Sevilla y Obispado de Cádiz, socio teólogo y de erudición de la Real Médica de Sevilla, ex Definidor de su Provincia y Regente de los estudios en el Real Colegio de San Francisco, de la ciudad del Betis. Lo imprimió en Sevilla José Padrino, que vivía en la calle de Génova, en seis hojas, más 48 páginas en 8.º, con el título un tanto ampuloso de *Pharmacopea de Virtudes y prodigios, compuesta y practicada por el célebre Venerable Boticario Fr. Leonardo de San José y Castellanos, religioso lego de la Orden de N. S. P. S. Francisco, de la Observancia en la Santa Provincia de Andalucía, y Boticario que fué en el Real Convento, casa grande de Sevilla, de dicha Orden*. Se trata de un «sermón fúnebre panegirico, en las magnificas honras que a su religión y respetable memoria dedicó y consagró el dicho Real Convento de San Francisco... el día 11 de marzo de 1764». La impresión se hizo a solicitud de Fray José Antonio de Jesús, compañero del Venerable Siervo de Dios, y he podido manejar un ejemplar de este raro folleto gracias a la generosa bondad de mi buen amigo don Esteban Sancho Sala, que tiene la fortuna de poseerlo y me lo ha querido prestar.

Autorizado con una dedicatoria, solemne y retumbante, para el Cardenal Conde de Teba, fechada en Sevilla el 1 de mayo de 1764, y con las licencias del Provisor del Cardenal don Francisco de Solís, a 26 de abril, y del Juez de Imprentas de aquella Ciudad, don Vicente de Varáez, caballero de Santiago, desarrolla el tema que le proporcionan unas palabras del *Eclesiástico*, capítulo 38: «Et unguentarius faciet pigmenta suavitatis, et unctiones conficiet sanitatis, et non consumabuntur opera ejus.» Del valor escriturario y erudito

que el sermón del P. Núñez tiene, puede dar idea el hecho de los ciento cincuenta y ocho pasajes de la Sagrada Escritura, embutidos habilidosamente en el texto de las cuarenta y ocho páginas; y en honor a la verdad, hay que decir que no es muy gerundiano el uso de estas citas, aunque para nuestro gusto resulten demasiados latines intercalados.

Tampoco es demasiado conceptista, aunque en ciertos pasajes resulte retorcido y no escaseen discretos, a las veces oscuros, en su prosa oratoria. «Murió—exclamaba en el exordio—; pero corrija nuestra piedad esta voz, porque no muere quien desde la tierra se mira a las Esferas trasladado. Quebró—más propia es esta voz—, quebró la muerte la vasija del cuerpo, porque fué construido de las fragilidades de la tierra, materia quebradiza, por ser barro; pero en la misma quiebra lució con brillantez aquella luz, que con tesón humilde estudió cuidadoso el oculfarnos. Ni aun esta frase es propia para digna expresión de su dicha y nuestro sentimiento; porque si se quebró, quedaron de su quiebra los pedazos, y quedó tal, aun después de tal golpe, que con señas de muerto no tenía señales de acabado.»

«Un cuerpo dormido era su cuerpo muerto; sin más señas de muerto que faltarle el aliento que todos cuando vivos respiramos. Más vivo que en la cama lo vimos en el feretro; porque en éste tenía el movimiento que en aquella sus fuerzas decadentes le quitaron; pues quedó tan tratable y tan flexible, que fué asombro de cuantos lo miramos y tocamos. Su cutis, muy fuera de lo ríspido y rígido, estaba muy suave, y muy humano. En su rostro no se vieron aquellas palideces, que dexa la muerte como tristes despojos de su estrago. Sus ojos, aun no estaban tan vivos cuando vivos, porque eran dos luceros los más hermosos, los más resplandecientes y más claros. Ni aun éstos los cerró para espirar; porque la muerte, ni pudo obscurecerlos, ni cerrarlos. ¿Esto es morir vencido o morir vencedor? ¿Es morir dominando la muerte o morir de la muerte dominado? Aquí fué aquel *entonces*, donde absorta la muerte quedó como asombrada de este triumpho, phrase con que la burla el Grande Pablo: «Tunc fiet Sermo, qui scriptus est: absorta est mors in victoria.»

Pero a mis posibles lectores les interesarán más otras cuestiones que estas de estilo del orador dieciochesco. Lo que yo quiero darles a conocer es la vida de este Fray Leonardo de San José, llamado vulgarmente el Boticario, cuya pérdida habían de llorar su convento y su ciudad sevillana, porque era el padre de todos y todos como padre lo encontraron.

Ochenta y ocho años de edad contaba cuando murió, lo que nos lleva al año 1677 para su nacimiento, que tuvo lugar en Valdepeñas, pueblo de la Mancha, de familia que lo era de Santo Tomás de Villanueva, por el apellido de Castellanos. Crióse huérfano en casa de unas tías, y afligido por las burlas de los chicos por

no tener madre, se puso debajo de la protección de María Santísima, y fué «fundador de una hermandad de niños que a su madre le cantasen el rosario por las calles y plazas de su pueblo».

Entró en el noviciado franciscano, y toda su vida fué novicio en lo mortificado y en lo compuesto. Tuvo larga oración y corto sueño, y el P. Núñez afirma seriamente que sólo dormía de once a una de la noche; y tan asistente a los actos de Comunidad, que en algunas ocasiones podría calificarse de prodigio su facilidad para trasladarse a los sitios más lejanos y volver a tiempo del coro. «La comida de nuestro Venerable—decía el padre predicador—fueron siempre unas yerbas y muchas veces unas naranjas agrias, que tal vez fuera para disimular la mortificación de su apetito con estas amarguras las buscaba, como cosa de gusto en todos tiempos...; cilicios y azotes fueron tantos y tales, que sentía el alma el que no los sintiese ya su cuerpo.»

Su amor a la regla seráfica, su don de lágrimas, su resistencia a las tentaciones, propias, como se sabe, de las almas afectas a Dios; su castidad ejemplar, su resignación y su amor al silencio, son debida y barroamente celebradas por el panegirista para terminar la primera parte de su sermón. En la segunda cuenta un poco de la vida profesional del lego franciscano, y es lástima que prefiera los milagros ostentosos a la callada labor de la botica. No obstante, algo nos deja rastrear de ella.

El Santo Boticario curaba a veces prodigiosamente; por ejemplo, este caso, que el orador había presenciado: «Desauciaron los médicos a una niña, que en la circunstancia de hallarse con viruelas, el que se moría sin remedio, por último recetaron. Afligida su madre, solicitó con fe, y ansió con esperanza, porque la visitase Fray Leonardo. La vió éste, y dixo se moría, sin que hubiesen, o alcanzasen remedios en lo humano. «Pues para hacer un milagro ha venido usted a casa; porque yo no quiero que se muera mi hija», le replicó el maternal cariño congoxado. *Calle, tonta, no diga disparates*, le dixo sonriéndose, *que no se morirá*; y desde aquel instante empezó a mejorar sin otra medicina que tocar la cabeza con su mano.»

En tiempo de epidemia, en el estado de Teba, se portó tan valerosamente, que el Conde de Teba se lo quiso llevar consigo a Toledo.

«Su misericordia lo llevó desde Sevilla a Cádiz en ocasión, que todas las paridas morían sin remedio al sobrepardo. Llegó él, y con él el remedio, tan eficaz, y tan universal, que ninguna murió, de cuantas visitó; porque fué su visita destierro general de aquel contagio. Ya encontró alguna, prevenida para su entierro, mortaja, caxa y cera, porque ya estaba entre las agonías espirando, y la sanó, o la resucitó, porque una, y otra voz hacen al caso. Ese Patio de la Botica fué un asombro continuo; porque todos los días se llenaba de enfermos ese Patio. Tanta admiración causaba el mirar los prodigios de estas curas, cuanta la devoción, que nos causaba, el verlo en estas curas fatigado; porque como todos clamaban por prodigios, como que lo cansaban, o que lo fatigaban los milagros. Con su deseo, y con esta fatiga consiguieron muchos, lo que por imposible no esperaron. ¡Cuántas piernas, y brazos solidó, que la cuchilla de la Cirugía, por no haber más remedio, al corte los tenía sentenciados! ¡A

cuántos Lazaretos los consoló afligidos, los curó por sí mismo, y porque no se manifestasen, temiendo al Hospital, y a su abandono, iba a sus propias casas a curarlos! ¡A cuántos religiosos de otras Comunidades curó en sus mismas camas, y en sus propios conventos, que los mismos Proprios huían el peligro, porque era peligroso su contagio!»

Encerraba en su botica a los pestilentes que no hallaban asilo en los hospitales. «Les daba de comer, los metía en su cama, y él a la cabecera de su enfermo velando su asistencia, y en aquesta asistencia desvelado. Ya hubo ciego, a quien le dió vista con sola su saliva.» Su caridad se extendía lo mismo a las alturas de los palacios que a las estrecheces de la más pobre casa. Y curaba, porque tenía caridad. «Por eso—dice su panegirista—para curar la enfermedad, fuera la que fuera, de cualquier unguento, fuese el que se fuera, echaba mano; con un solo unguento curaba diversas enfermedades, y el primer bote que tomaba le servía para todos los de aquel día.»

A veces el unguento más importuno era el más eficaz, y tal vez, aun el más repugnante, más del caso. Con purgas curaba diarreas, o con comer muchas uvas, o con beber mucha agua y con comer pepinos, con los baños en tiempo del frío. Pero se vislumbra que no todas las veces se realizaba el milagro, a través de las palabras del panegirista. «Como eran repugnantes las curas que antes dije—exclamaba—, *tuvo sus repugnancias, y tal vez por ellas, y por otras, con algunos dicterios lo ultrajaron*. Por esto, y porque daba mucho en su botica, de Sevilla a Antequera lo arrojaron.» Y allí se distinguió por las limosnas, hasta el punto de creer que multiplicaba el pan prodigiosamente. «Para los pobres fué siempre manirroto y manilargo; ya, como otro Job, les daba su comida; ya solicitaba vestidos para muchos; y ya en fin hasta la misma manta de su cama se la llevó un pobre, porque lo halló sin cama, estando malo.»

Murió el sábado 31 de diciembre de 1763, y en su última enfermedad «todo era pedir agua para aplacar el fuego». Y claro está que no podían faltar los prodigios póstumos. «Con tocar las manos de nuestro venerable, cuando estaba en el féretro, uno que las suyas tenía muy hinchadas, se vió libre de aquesta enfermedad por su contacto. Con un pedazo de túnica se curó una mujer una llaga, que tenía en la pierna, y que no habían podido curar y sanar los cirujanos.»

¡Lástima que no tengamos otra fuente de información sobre la vida profesional de Fray Leonardo que este desafortunado panegirista de su hermano de hábito! Porque sin que nosotros dudemos que hiciera algún que otro milagro, no es teológico creer que los milagros se multiplican sin necesidad. Aquellos improprios que le dijeron, y que motivaron su traslado a Antequera, nos están demostrando que algunas veces no sanaba a los enfermos. Parece, pues, que se trataba de un buen hermano lego, piadoso y santo, que trataba de curar por medios inadecuados, y que tuvo su fama bien ganada de milagrero.

Para los escépticos sobre las medicinas y las recetas, puede servir como ejemplo el de este lego que curaba todas las enfermedades con el primer bote que se le venía a la mano. ¡Triste sería para la ciencia farmacopea pensar que con este escépticismo puede un curandero ponerse en camino hacia los altares!